

SEFAR*Aires*

Aires de SEFARAD desde BUENOS AIRES

PUBLICACIÓN MENSUAL N° 25 / mayo 2004

Distribución exclusiva por e-mail - SIN CARGO

sefaraire@uolsinectis.com.ar

Creación y Dirección: Arq. Luis León

Colaboradores permanentes:

José Mantel / Naomi Grinberg / Dr. Santó Efendi (desde EEUU).

Asistente de dirección y corrección:

María Laura León

SUMARIO

P.1 Editorial

P.2 El djudesmo (2° parte) por Luis León

P.4 Los sefaradíes y su música por Norberto Noel

P.7 Maníes por María de Azar

P.8 Fiesta patriótica cuento por Luis León

P.10 La historia de Yaquito Peres (cap. 9) por José Mantel

Declarado de "Interés Cultural" por el Departamento de Cultura de AMIA y CIDICSEF (Centro de Investigación y Difusión de la Cultura Sefaradí).

Los artículos publicados son colaboraciones ad-honorem, donde los autores reflejan sus opiniones personales. SEFAR*Aires*, puede no coincidir con el contenido de alguno de ellos, siendo éste responsabilidad del autor.

Se autoriza la reproducción total o parcial de los artículos, mencionando la fuente y el autor.

Carta a los lectores

El mes que termina tuvo una nutrida actividad, principalmente en la Feria del Libro. Además de la importancia de la muestra que atrapa al público porteño, se presentaron dos libros de temas sefaradíes: el de Matilde Bensignor *de Miel y Milagros* y el de Jacobo Cohenca, *"Dispersión y Reencuentro: Genealogía, Historia y Legado de las Familias Sefarditas"*.

Durante todo mayo estará abierta la exposición Maimónides / 800, sobre la vida y trabajos del gran médico de Córdoba, que se espera tenga una gran concurrencia de público.

Todos estos eventos sin duda, representan aportes para la cultura sefaradí. Pero debemos tomar conciencia que los mismos se consolidan planificando y ejecutando tareas todos los días, para lograr la transmisión de la cultura, la lengua y las costumbres; orientadas desde las instituciones, en sus reuniones semanales y en los cursos, creando un ámbito propicio donde los concurrentes de origen sefaradí puedan volcar sus recuerdos dejando testimonios de la historia de los inmigrantes que llegaron al país a principios del siglo pasado.

Hasta el mes próximo

Luis León

SEFAR*Aires* es un magazín mensual independiente, i el scopo es la difuzión de la kultura sefaradí i su lingua el djudesmo. Keremos así también ke los lektores de todo el mundo, se ambezen la ystoria de los djidiós yegados de Turkya a la Argentina. Se invía por e-mail, sen koste para akeos ke mos lo demanden a nuestro adereso.

SEFAR*Aires* es una publicación mensual independiente, y su objetivo es la difusión de la cultura sefaradí y su lengua el judeo-español. Se propone además, hacer conocer a sus lectores de diversas partes del mundo, la historia de los judíos de Turquía llegados a la Argentina. Se envía por e-mail, gratuitamente a quienes lo solicitan a nuestra dirección.

SEFAR*Aires* e una pubblicazione mensile, indipendente, il cui obiettivo è la diffusione della cultura sefardita e della sua lingua, il giudeo spagnolo. Si propone inoltre di fare conoscere ai suoi lettori, delle diverse parti del mondo, la storia dei giudei di Turchia, arrivati a la Argentina. Si invia per email, gratuitamente a coloro che lo richiedano.

SEFAR*Aires* is an independent monthly publication whose objective is the diffusion of Sephardic culture and the Judeo-Spanish language. Its objective is to make known to its readers all over the world the history of Jews of Turkey who immigrated to Argentina. SEFAR*Aires* is sent, without charge, by e-mail to all who request it.

SEFAR*Aires* est une publication mensuelle indépendante qui a pour objectif la diffusion de la culture séfardite et de sa langue, le judéo-espagnol. Nous nous y proposons également de faire connaître à nos lecteurs l'histoire et la vie des Juifs turcs qui ont émigré en Argentine. Pour recevoir ce bulletin, gratuitement, écrivez-nous à l'adresse électronique indiquée ci-dessus.

El *djudesmo* (2ª parte)

por Luis León

En Marruecos, el judeo-español tomó el nombre de *haketía* y tuvo un derrotero diferente al de las comunidades del Imperio Otomano. Pero es difícil analizarlo por falta de escritos que muestren su evolución. Mientras que en las regiones de Oriente Medio había imprentas judías que abastecían de textos a sus comunidades (recordemos que en 1493 se fundó la primera imprenta judía del Imperio Otomano, tan sólo un año después del Edicto de Expulsión), en Marruecos no había un desarrollo editorial, por lo que en la actualidad, los especialistas deben recurrir a cartas y manuscritos ya que la mayoría del conocimiento se daba por trasmisión oral, y hoy casi no quedan informantes que puedan dar testimonio de la lengua.

La diferencia más importante en la evolución del habla en las comunidades marroquíes respecto a las otras, consiste en que mantuvieron contacto de distinta intensidad con grupos hispano-parlantes, tanto por su proximidad con ciudades dominadas por España como la llegada de funcionarios españoles a Marruecos, y esto reavivó la influencia del castellano en el habla de los sefaradíes de esta zona.

Respecto al judeo-español hablado en cada región, dijimos que había un fenómeno de intercambio debido a que los viajeros, por motivo litúrgico o comercial, iban y venían de una ciudad a otra y se hacían muy reducidas las diferencias en la lengua de los sefaradíes. Pero curiosamente, era fácil detectar las diferencias en el habla dentro de una misma ciudad, de acuerdo al desempeño o la clase social del individuo considerado. Las capas de menores recursos desempeñaban tareas que los ligaban con las clases más bajas de la ciudad, favoreciendo de esa manera el ingreso de numerosos términos en turco o griego de acuerdo a la región en que se encontraban, más que los empleados por los sectores de clase media. La falta de acceso a la educación hacía que este sector fuera preponderantemente analfabeto. Gracias a los *Talmud Torá* o pequeñas escuelas comunitarias que preparaban a los niños varones para leer pasajes de la Torá, llegaban a leer en hebreo, aunque sin comprenderlo. Sobre esto es interesante el testimonio de Elías Canetti, premio Nóbel de literatura 1981(1), sobre su propia experiencia:

“La escuela daba verdadera pena, el profesor era ridículo; era un pobre hombre que en vez de hablar, graznaba. Siempre parecía estar sobre una sola piedad, encogido por el frío, y no tenía la mínima autoridad sobre sus alumnos, que hacían lo que les daba la gana. Es cierto que aprendimos a leer en hebreo y que íbamos repitiendo las oraciones machaconamente, pero no sabíamos qué querían decir las palabras que recitábamos porque a nadie se le ocurría explicárnoslas. Tampoco nos explicaban las historias de la Biblia. El único objetivo de la escuela era hacernos leer con fluidez el libro de oraciones para que en el templo los padres o los abuelos se sintieran orgullosos de nosotros”. (2)

Este autor describe aquí las características de un Talmud Torá de la ciudad de Viena donde vivía con su familia en 1913. No obstante, varios testimonios de inmigrantes, recuerdan con mucho afecto y gratitud las primeras enseñanzas del hebreo por parte de sus maestros que en algunos casos eran sabios rabinos.

Los sectores medios que interactuaban con sus pares no judíos de la ciudad, y también incorporaban términos en griego o turco, tenían acceso a la enseñanza primaria y luego algunos podían acceder a un nivel secundario, becados a París u otras ciudades del este europeo. Esa instrucción les permitía conservar el *djudesmo* diferenciándolo del turco y el francés con autonomía. Además, dentro de este sector medio, las mujeres podían acceder a la educación escolar, cosa que no sucedía en sectores más empobrecidos, donde casi la totalidad de las mujeres no sabían leer ni escribir.

Había además un sector más reducido de sefaradíes que vivían “a la franca”, es decir con costumbres del occidente europeo. Hablaban fluidamente el francés o el italiano, y eran los que más dejaban a un lado el *djudesmo* en la vida familiar. A fines del siglo XIX, con el establecimiento de las escuelas de la *Alliance Israélite Universelle*, el afrancesamiento llegó a capas

más numerosas de población judía del Medio Oriente y norte de África. Ese fue el comienzo de una visible reducción en el uso del judeo-español, ya que desde las aulas se obligaba a los niños a hablar exclusivamente en francés, castigando el uso del *djudesmo* entre ellos. El golpe final asestado al uso de esta lengua, fue el período de la segunda Gran Guerra y los años posteriores, donde los sefaradíes trataban de evitar ser identificados, por miedo a la burla o el ataque, por parte de jóvenes pro-nazis. Testimonios de inmigrantes llegados de Turquía a nuestro país después de esa época, relatan que sus padres los obligaban a hablar el turco dentro del hogar para acostumbrarlos a hacerlo con espontaneidad cuando caminaran por la calle.

Los rabinos y estudiosos de la liturgia, imprimían al *djudesmo* su estilo personal empleando muchas palabras del hebreo que reemplazaban a las usadas por la población media, además de términos provenientes del arameo. A través de las clases en el *Talmud Torá*, o su trato con la población, muchos términos se transmitían al habla común. Pero el término medio no accedía a un nivel significativo de enseñanza, y es interesante otro testimonio de Elías Canetti sobre su abuelo, quien vivía en Bulgaria, desempeñándose como un comerciante medio, exitoso:

“...Cuando hablaba con gente de otros países trataba de expresarse en el idioma de ellos, pero como sólo lo había aprendido de pasada, en alguno de sus viajes, lo hablaba con dificultad, a excepción de las lenguas de los Balcanes (incluso su ladino), le gustaba contar con los dedos las lenguas que podía hablar y la graciosa seguridad con que los enumeraba...Sólo dominaba la escritura hebrea con la que se escribía el ladino, y sólo leía periódicos en este idioma. Tenían nombres españoles como *El Tiempo*, *La Boz de la Verdad*, estaban compuestos en caracteres hebreos y salían, reo, una vez por semana. Leía con dificultad el alfabeto latino, no leyó nunca un libro en la lengua vernácula de los muchos países que visitó -¡ y vivió más de noventa años!.” (3)

- (1) Elías Canetti nació en Bulgaria en 1905, recién comenzó a ser conocido a partir de ganar el premio Nobel de Literatura en 1981. En su obra, alternó estilos muy variados con igual maestría: ensayos, teatro, una novela, y libros de memorias. / (2) Elías Canetti *La lengua absuelta* Editorial Milá, Buenos Aires 1988, pág. 111./ (3) Ídem Págs. 113-114.

De Miel y Milagros evocaciones sefaradíes

Libro de Matilde Bensignor

La autora estudió periodismo y sociología, es docente de la Universidad del Salvador y creativa publicitaria. Nacida en el seno de una familia sefaradí, recrea en su libro, escenas de la cultura centenaria de los judíos de origen español.

Con una narración que invita al goce y la intimidad de la familia sefaradí, se van combinando los testimonios con los sabores de las comidas, “*Almendricas saladas, mazapanes de Toledo, dulces perfumados con agua de azahar*”, y emerge del texto la Canción Ladina, “...con tonada mora, las estrofas árabes con fondo flamenco, el judío que vino de España, vive en Turquía, come iaprakes de hojas de parra con humus y habla el español de Lope de Vega en Izmir...”. también hay historias sobre los barrios judíos de Izmir, la descripción de las caleyas y sus habitantes, los apellidos, las fiestas religiosas, Iom Kipur, la boda, la Inquisición, Cuba.

Cada narración llena de poesía pequeños capítulos de una historia que se entremezcla con el hoy de su propia vida, sin olvidar lo testimonial, lo agradable de la transmisión recibida, que se convierte por momentos en recetas tradicionales o canciones. Con el transcurrir de la lectura, las imágenes permiten descubrir su paso en la creación teatral y sus vivencias por España, donde funde lo hispánico con el recuerdo de sus ancestros.

Este libro fue presentado en la Feria del Libro 2004, con el auspicio de Cidicsef.

Los sefaradíes y su música

por Norberto Noel

Hablar de la música de los judíos de origen sefaradí, requiere tener en cuenta los distintos momentos de su historia. A partir del exilio en 1492 y 1497 de la Península Ibérica y Portugal respectivamente, llevaron su música como lo hicieron con su lengua. En España, como todos, hablaban el castellano medieval y sólo al tiempo de abandonar la región, comenzó a formarse el *djudesmo*, enriquecido con términos y expresiones de los países en los que fueron acogidos. Primero fueron el turco y el árabe, al que se agregaron numerosas palabras del hebreo litúrgico; más adelante del francés y el italiano.

La música sefaradí, de la misma forma que el *djudesmo*, sufrió estas influencias; fue predominantemente vocal, debido a la prohibición religiosa de emplear instrumentos dentro de la sinagoga (a excepción del *shofar*, cuerno simple sin embocadura). En el período peninsular cabe notar la importante influencia árabe en la literatura que sirvió de base para la musicalización. El género cantado en la liturgia es literario y se transmitió en forma escrita, en cambio la canción popular (romances y cantigas) fue exclusivamente de transmisión oral, exceptuando la copla.

La escritura musical es escasa, y se halla solamente en poemas religiosos en hebreo, donde se observan diferentes notaciones de la música. En otros casos, las indicaciones son apenas descriptivas, y aparecen como agregados al margen de crónicas o cartas de la época. La música no religiosa recién comienza a documentarse a principios del siglo pasado.

El repertorio sefaradí es amplio y no debe ligárselo a la tradición musical peninsular. Comprende temas alusivos al calendario religioso por una lado y a los ciclos vitales de la familia, por otro. En el primer caso se encuentran cánticos para el sábado (*shabat*), el inicio del mes calendario (*rosh jodesh*), el año nuevo y el día del perdón (*Rosh Ashaná* y *Iom Kipur*), la pascua (*Pésaj*), etc. Todos de origen bíblico, además de festividades como *Janucá* o *Purim* que son posbílicas. En el segundo caso, se encuentran canciones para la circuncisión, para el nacimiento de una hija, la llegada del varón a la adultez (*bar mitzvá*), el casamiento, etc. Existen también canciones interpretadas en otras situaciones especiales como las de novia, en vísperas de su casamiento, o a la mujer "recién parida". Estas se transmitían de madre a hija o nuera, y eran ellas quienes intervenían junto a allegadas y parientes en la celebración, interpretando colectivamente la música.

Cuando los países de Europa Occidental apuntaron a los puertos del Imperio Otomano por su potencial comercial, establecieron redes de instituciones religiosas, de enseñanza primaria y secundaria y oficinas comerciales, produciendo una apertura en la cultura local. Así ingresaron la música francesa e italiana a las distintas ciudades, que a través del teatro y los *café-concert* trajeron al Mediterráneo oriental temas que se fueron incorporando a la canción popular.

A principios del 1600, desde Holanda, se irradió un estilo que fue adoptado por distintos cantores litúrgicos y llevado por inmigrantes a Norteamérica. Allí se fundió la tradición musical del Imperio Otomano, la del norte de África con la del barroco. Eso incrementó la diferencia en el mapa musical de las comunidades sefaradíes, ya que en otros sitios más hacia el oriente, permanecía la fuerte influencia del estilo del lugar. No obstante, es de destacar que debido a los viajes de religiosos o laicos interesados en la música, se produjo un fenómeno de vasos comunicantes entre comunidades sefaradíes muy distantes, igual fenómeno que el que se producía con el judeo-español.

En síntesis pueden distinguirse tres etapas definidas en la música judeo-española de acuerdo al momento histórico atravesado. La primera: corresponde a la etapa peninsular antes de la expulsión, influenciada por el intercambio con árabes y cristianos; es difícil diferenciar con precisión en qué medida y cómo se recibieron dichos aportes. Un segundo momento, es el del establecimiento en las diferentes regiones del Imperio, que produce una rápida diferenciación

entre la tradición otomana, la magrebí y la europea occidental, con pequeñas variantes por ciudades dentro de una misma localización. La última etapa corresponde a la época moderna, con la llegada de la *Aliance Israélite Universelle*, que estableció una red de escuelas de habla francesa destinadas a comunidades judías del Medio Oriente, convirtiéndose en el principal medio de penetración y transformación en la cultura sefaradí de los siglos XIX y XX, imponiéndose el idioma francés como lengua principal.

En música, comenzó a estudiarse la notación pentagramada moderna, se introdujeron nuevos gustos melódicos y rítmicos, y se formaron coros a la usanza occidental. El intercambio de ida y vuelta en estilo y temática musical entre Europa occidental y las diferentes comunidades del Imperio, se enriqueció notablemente con el ingreso de discos y salas de grabación, cuando a principios del siglo pasado comenzaron a extenderse las empresas editoras, interesadas en registrar a los grandes cantores sefaradíes.

Como se dijo anteriormente, los *café-concert* y los teatros fueron las vías de enriquecimiento y transformación de la música tradicional, y así se crearon nuevas melodías o se tradujeron al *djudesmo* los temas en auge. Agregamos a continuación un ejemplo de esta época, en versiones, proveniente de la ciudad de *Izmir*, recopilada en la ciudad de Buenos Aires:

Madmoiselle Sarika ⁽²⁾

Madmoiselle Sarika (doña Rosita)

ke kere karrusica, (que quiere carrocita)

karrusika (carrocita)

i de kauchuk (y con ruedas de caucho)

Dile a mi vizina (dile a mi vecina)
ke limpie la kuzina (que limpie la cocina)
ke kumimos (que comimos)
pan i kashkaval (pan y queso)

Kashkaval asado (queso asado)
con guevo jaminado (con huevo duro)
asentados (sentados)
en el balkón (en el balcón)

Algunos testimonios de los hijos de inmigrantes llegados a Argentina, cuentan que sus padres solían cantar en el hogar, y en algunos casos dedicaban esfuerzos a enseñarles a ellos las letras. De esa manera, muchos miembros de la generación actual recuerdan canciones tradicionales sefaradíes, algunas son traducciones al *djudesmo* de temas modernos de Europa occidental de principios del siglo XX.

Pero es la canción litúrgica la que llega con fuerza a la totalidad de las diferentes comunidades. La notación musical empleada en la antigüedad, es un simple acento sobre cada palabra, destinado a guiar al cantor sinagogal; los concurrentes a la *kehilá*, en general conocían la letra y la música de memoria, ya que la tradición judeo-española exigía enviar a los niños desde pequeños al *Talmud Torá*, donde un maestro les trasmitía los conocimientos de la Sagrada Escritura. Así, los cinco libros de la Torá se leían por capítulos cada semana, durante el sábado o día festivo, agregándose algunos textos complementarios. Los textos del *sefer* escrito sobre rollos, no tienen puntuación ni signos musicales, lo que obliga al cantor a memorizarlos. Éste debe pronunciar con claridad y exactitud cada palabra como exige la tradición, antes que adornarla musicalmente. Esta consideración fue, históricamente, motivo de enfrentamiento entre las pretensiones de los rabinos y la búsqueda de los cantores por conferir musicalidad al texto. En lo que respecta a las melodías, sufrieron influencias directas de lo oriental, diferenciándose claramente las de tradición otomana de la magrebí.

La comunidad sefaradí que frecuentaba regularmente la sinagoga en las Grandes Festividades, a menudo llevaba a su hogar temas basados en música litúrgica de textos sagrados, trocándolos en canciones jocosas. Lo que podría ser tomado en principio como una irreverencia, debe entenderse en cambio, como una manera de mantener interés por dichas melodías, y el deseo de llevarlas del ámbito sagrado a la calle, extendiendo su vigencia en situaciones cotidianas. Como ejemplo, transcribo una estrofa de la versión basada en la oración *El Norá Alilá* que se canta al terminar *Yom Kipur* ⁽³⁾.

El Norá Alilá

El Norá Alilá

asibiva la babá (por la vida de la abuela)

ke se vaia más aiá (que se vaya al más allá)

(1) Apunte del Seminario “*Transculturación e Identidad: Literatura y Música Judeo-Árabe en la Diáspora Sefardí*”, Fac. de FyL de UBA, Prof. Edwin Seroussi (Univ. Hebrea de Jerusalén).

(2) Recopilación aportada por José Mantel y Luis León del testimonio grabado a José Artalef (Bs.As., 1994)

(3) Nissim Elnecavé (Sefa'tah) *Los hijos de Ibero-Franconia, breviario del Mundo Sefaradí desde los Orígenes hasta nuestros días*- Ediciones La luz . Buenos Aires, 1981, Estribillos Populares Pág. 215.

IZCOR - La vela encendida

Cinco relatos de mujeres que hicieron el Shabat

Libro de Denise León

Denise León, nació en San Miguel de Tucumán en 1974, es licenciada en Letras y docente de la Universidad Nacional de dicha provincia (UNT), es autora de este trabajo publicado por editorial Milá y el Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. El trabajo publicado fue presentado como tesis de la licenciatura de la autora. Su e-mail es deniseleon90@hotmail.com

“Este libro comienza con la primera historia que mis hermanos, mis primos y yo aprendimos en la vida, y antes que nosotros mi padre y mis tíos, y antes que ellos ya no se, porque mi abuela es una fabulosa contadora de historias y debe haberlo sido de toda la vida. Todo devorador de relatos, sabe que en su vida ha habido una primera historia, que por alguna razón oscura le ha marcado el camino. Yo comencé este trabajo de tesis, cuando todavía no sabía que era una tesis, con el relato de mis propios orígenes”. Con estas palabras extraídas del principio del libro, en “Palabras Previas”, Denise León explica el origen de su trabajo, cómo se inició en forma fragmentaria fundiéndose de forma inseparable su historia personal con la académica. Todo se inició con un reportaje a su abuela, para escribir una autobiografía ficticia de un taller literario, tarea que sorpresivamente reveló a la autora un camino donde esa historia escuchada comenzaba a tejerse con la propia. “*Comencé a grabar las entrevistas con mi abuela, dos sensaciones se mezclaron en mí. Por un lado el inmenso placer de saber que la historia me pertenecía, y que yo formaba parte del cuento... por otro, el deseo y la imposibilidad de conservar el aquí y el ahora del relato ...*”. El libro llega al lector por dos vías diferentes, la de la lectura del testimonio de una historia sefardí intensa y emotiva, y la de asistir a la experiencia de la autora que escucha y es parte de lo que oye, que contempla y es contemplada por su propia narración.

El primer capítulo, describe la recolección de información, expone sus experiencias, lo que convierte a este material en valiosa guía para la tarea de rescatar testimonios. “*Las mujeres que entrevisté... expresaron que la entrevista había sido una experiencia agradable, donde ellas habían sido el centro de atención, lo que es frecuente para las personas ancianas.... Lo más importante es el bienestar de la persona entrevistada. Si se permite a alguien que ha sufrido, que se exprese en una atmósfera de empatía, sin reacciones perturbadoras, la entrevista puede ayudar a devolverle a la persona una pieza de su propia alma*”.

Entrecruzando la historia milenaria de los judíos con refranes sefardíes y dichos ashkenazíes, en los capítulos siguientes Denise León expone sus entrevistas, a veces con detalles de las actitudes de su informante; en cada uno hay una vida retratada, y en el final surge la pregunta que el lector sin sentirlo concientemente comienza a formular: “*... ¿Cómo finalizar la historia de mi vida si aún estoy viviéndola?. Los relatos nunca se terminan del todo...*”.

Maníes

por María de Azar (*)

Mis padres vivían a dos casa de distancia de la de mis abuelos. Allí nací y compartí con la familia grande muchas cosas que hoy recuerdo.

Mis abuelos hablaban casi todo el tiempo en árabe, así es como lo aprendí. Escuchar a la abuela nombrar el pan, la sal, el aceite,...las verduras, los utensilios. También las indicaciones que me decía para elegir algún alimento que mi abuelo habría olvidado comprar. En este caso los maníes.

Caminaba tantas cuadras para llegar al depósito de Aceite - Comestibles; era el único lugar donde conseguía esos maníes gorditos, de piel brillante, sin lastimaduras, que acostumbraban tostar los días viernes.

Por la mañana, disponían las bolsas de carbón y carbonilla que cargaban en los braseros con cantidades suficientes para su prolongada e intensa jornada. Uno de los braseros era para las comidas del viernes y el otro para las del sábado. Estos preparativos convertían al patio en espacio de humo, chispas y fuego.

Me gustaba ver a la abuela elegir el extraño colador de bronce donde desparramaba los maníes y escuchar cómo los zarandeaba bajo el chorro de la canilla, los cubría de sal y los exhibía refulgentes a los rayos del sol.

Luego del almuerzo, con el patio limpio ya de hollín, iniciaba una ceremonia. Ordenaba las sillas bajas (de patas torneadas, asientos de junco, vestidos con almohadas) alrededor del brasero, donde apoyaba la sartén de hierro, y empuñando la pesada cuchara de alpaca de mango tallado con diminutas flores, le echaba, desafiante, los maníes al hierro caliente.

Comenzaba así la música del brasero de la abuela Matilde. Crujían brasas y maníes. Su hábil mano arrastraba hacia la izquierda y la derecha, lentamente las montañitas ya templadas, de un borde a otro borde, suave y acompasado golpeteo de la cuchara, la sal se desprendía, se oscurecía y se acumulaba en el fondo de la sartén, el aroma era tentador, y se desparramaba cómodo entre nosotros. Los maníes estaban listos y la casa toda, tenía ya ese inolvidable olor a viernes.

(*) La autora es licenciada en psicología y forma parte de la comisión directiva de Cidicsef.

EXPOSICIÓN

MAIMONIDES/ 800

La vida del médico de Córdoba expuesta con gran síntesis
en atractivos paneles y proyecciones multimedia

MUSEO LARRETA – Av. Juramento 2291, Ciudad de Buenos Aires

abierta durante todo el mes de mayo (*)

(*) En respeto del Shabat, no habrá actividades guiadas los viernes a la noche y sábados / (martes cerrado)

Producción y organización

CIDICSEF (Centro de Investigación y Difusión de la Cultura Sefaradí)

Fiesta patriótica (CUENTO) (*)

por Luis León

Nissim no recordaba un 25 de mayo (1) tan frío. Hacía casi diez años que subía al palco de madera frente a la Comisaría 27, para celebrar la fiesta patria. Es cierto que él no había nacido en el país, pero desde su llegada y arriba mismo del barco lo adoptó como suyo. Esta tierra que aún no conocía, sería de él para siempre. Tal vez, porque le intrigó lo oscuro de las aguas frente al azul transparente del mar que miraba de niño. O a lo mejor, porque la ciudad vista a lo lejos, se le asemejó de pronto como una enorme caja de *locum*, limpia, blanca, ordenada, por consiguiente debería ser dulce como un *locum*, el dulce que su abuela le regalaba los sábados a la mañana al salir de la Gran Sinagoga de Izmir.

Como representante de la Comunidad Sefaradí de Villa Crespo, junto a su amigo, portaban cada año una bandera de Argentina y otra judía. La primera, como símbolo de adhesión a este pueblo generoso que los recibió, la segunda en cambio, era un paño de esperanza que alguna vez podría flamear en la patria que su gente añoraba. Pero para Nissim estar allí era algo más de lo que se podía leer en su rostro, no era orgullo, sino una indescriptible gratitud. Gratitud hacia esta gente que le permitía compartir el piso de tablones, que algunos niños harían temblar en un rato, con un desgarbado malambo.

Abajo, los vecinos, como un suave oleaje marino, iban y venían organizando su parte protagónica. Grupos de muchachos frente a la línea de largada para la carrera de embolsados y al costado del palco, recostados sobre unos postes, los dos únicos candidatos a escalar el palo enjabonado. Todos los años se presentaba la misma dupla, personajes aún jóvenes, de morochas facciones cortajeadas quizá, por los helados inviernos sureños. Uno era el repartidor de carbón, el otro sin oficio conocido. Al rondar las diez de la mañana el cielo se había cubierto de nubes haciendo más frío y húmedo el día patrio, el más patrio de los días argentinos.

Nissim y sus amigos habían llegado muy temprano, como siempre. Fueron ubicados en primera fila por el comisario, viejo amigo y asiduo visitante del bar Izmir. Allí donde los inmigrantes sefaradíes de Villa Crespo y barrios vecinos, tomaban un anís queriendo saber por gente que hacía tiempo no veían. Pero al Negro (como se dejaba llamar el comisario) le gustaban las reuniones de los viernes por la noche. Entre comidas orientales picantes y sabrosas, y la turca moviendo sus caderas, gozaba aplaudiendo sin retaceos a los *tañedores* que hacían vibrar las cuerdas del *ud* y el mandolín al ritmo del *derbaque*. Quizá por eso, el Negro los puso en el palco cerca suyo, porque los sentía hermanos en la alegría, en ese difícil oficio de cuidar el orden que a veces significaba sumergirse hondo en la suciedad de los hombres.

La concurrencia era ya numerosa, y el ánimo de jolgorio flotaba en los alrededores, incentivado por algunas bombas de estruendo explotadas en el playón de los bomberos. La gente disfrutaba del olor a pólvora en el aire frío de la mañana, llenando la vereda frente al Cine Rívoli. El maestro de ceremonias tardó un tiempo hasta silenciarlos, cuando comunicó que se entonaría la canción patria. A pesar que la seccional estrenaba un moderno altavoz eléctrico (de los que quizá había sólo un puñado en Buenos Aires) el himno fue voceado a pulmón, como se hizo siempre. En esas circunstancias, y tratándose del canto nacional, hubiera sido imposible aún para la maestra de música (de la Escuela N° 2 del Distrito Escolar séptimo, Francisco Desiderio Herrera) allí presente, comprobar que desafinaban. Eran cientos de voces al unísono, algunos con la mirada movediza hacia la muchedumbre, otros con sus bocas llenas de solemnes conjugaciones, mirando al frente, jurando “con gloria morir”, mientras los bronces de una banda por primera vez presente en el barrio, se lucía en los pasajes más floridos de la melodía.

El último “Oh juremos...” desató los esperados aplausos. Sin ellos, el himno no termina; es difícil imaginar un final de la canción patria sin esas palmas que suben de nivel por unos segundos para desgranarse al fin en trozos, hasta desaparecer. Tras el llamado a silencio del locutor, que forzaba su garganta ante la falla del nuevo equipo, llegó el discurso de apertura. Nissim

giró la cabeza y detrás de su amigo José, vio el palco colmado con varios conocidos, los del club social. La palabra “vecino”, pronunciada con énfasis por el comisario, reclamó su mirada al frente. Vecino era más que vecino. Vecino era hermano, compatriota de otra nacionalidad, era inmigrantes de diferentes latitudes, el carbonero Lorenzo entregando una negra bolsa en casa del rabino, el gallego del almacén de Camargo tratando de cortejar a la prima solterona de José, eran todos uno, sin diferencias, una enorme familia sacando frutos de la tierra entre calles del barrio a orillas del Maldonado, que cuando se inundaba sin piedad y el tranvía no se le animaba, sacaban los botes de su escondite para cruzar a los más exigidos.

Nadie escatimó aplausos, sabían que no era un policía cualquiera. Al Negro, casi lo mata el tranvía el día que doña Clara cayó al suelo, cruzando imprudente la avenida; meses después, la historia volvía a circular como un escudo, que prendido en la gente, lo enorgullecía al exhibir. Fue él que al terminar, llamó a decir unas palabras al cura. A Nissim lo sorprendió que no fuera Bernardo (nombre paradójico), el párroco de San Bernardo, quien hablara. Dio vuelta su cabeza para descubrirlo entre los concurrentes, pero no estaba. El padre Bernardo, era un grandote bonachón con quien tomaba café a menudo, compartiendo historias de malevos y *compadritos*. El que comenzó a hablar en cambio, era un hombrecito diminuto de cara afilada y prominente nariz, cuya expresión producía miedo. A Nissim le costaba seguir el discurso, pues en las primeras frases ya había incluido una decena de veces la palabra Jesús, sin temor a agotar el nombre del Redentor antes de finalizar. El cura de mirada incisiva, giró su cabeza y Nissim absorto lo oyó decir -¿qué hace entre estas, la bandera de un país inexistente?, y señaló como apuntando con un arma la bandera hebrea, - este paño que erosiona lo profundo del ser cristiano, porque precisamente es la insignia de los deicidas -

Tanto él como su amigo José, comprendieron antes que el resto. No eran simples palabras del oscuro personaje en su negro atuendo. Buscaba unir odios perdidos, despertar difusos rencores en los difíciles principios de los años cuarenta. No quisieron que el comisario, que recién se daba por enterado del monótono chorro de odio encerrado en las palabras, se viera presionado a actuar. Ambos guardaron rápidamente la bandera que sostenían, enrollándola en torno al mástil, y con un pedido de permiso que no alcanzó a salir de sus gargantas, abandonaron el palco. Fueron sólo unos metros hasta la esquina de Acevedo, y doblaron donde estaba despejado de gente. No atinaron a mirarse, invadidos de una vergüenza infinita que opacó odio y estupor, caminaron con pasos largos y ligeros. En Camargo, vieron entornada una de las puertas del colegio; tenían, sin haberlo acordado, un solo objetivo: llegar a depositar las banderas en la habitación delantera de la sinagoga, quizá luego, podrían hablar de lo sucedido.

Un llamado los sorprendió, como esperando que la historia volviera atrás, se detuvieron. Un Nissim, pronunciado por un hombre viejo, lo hizo mirar a su espalda. Era Roldán, el portero del Francisco Desiderio Herrera, que asomado a la vereda, lo reconoció y lo reclamaba. Nissim hubiera deseado no hablarle, no había manera de recorrer las palabras que habían quedado atravesadas en su interior, pero se acercó. - Qué elegante don Nissim - le dijo el hombre - cuánto hace que no se toma un mate en la portería, agregó invitador. Mi mujer está aprendiendo la receta de esos dulces que le pasó su señora, que a cambio le confió el secreto de nuestras empanadas correntinas -. Días después, ni él ni José (su entrañable amigo y compañero de travesía), se acordarían de lo escuchado en el portón del colegio, tampoco si la charla duró unos segundos o el monólogo del viejo Roldán, largo tiempo. Sólo les quedó a ambos en el recuerdo, la presión del fuerte abrazo de despedida, y el saludo en guaraní que Roldán, como solía hacerlo, les brindó con afecto.

Al alejarse unos pasos de la puerta del colegio, con una sonrisa cómplice, como niños, cada uno desplegó la bandera que portaba, acomodando sobre sus hombros los paños colgantes y avanzando con paso marcial. Y así como gloriosos sobrevivientes de la primera línea de un ejército diezmado, marcharon los cien metros hasta entrar en la sinagoga. - Apuremos que quizá comience a llover y mi sobretodo nuevo puede arruinarse, dijo Nissim. - Sí, vamos que las mujeres deben estar esperándonos con las empanadas correntinas, respondió su amigo, abrochándose el abrigo para salir.

(*) En base a información extraída de un testimonio grabado al Sr. Emanuel.

(1) El 25 de Mayo se festeja la fecha patria de Argentina, en recuerdo del Cabildo Abierto, con que se iniciaron los movimientos por la independencia.

La historia de Yaquito Peres (cap. 9)
“Topar la bela”⁽¹⁾

por José Mantel

Simbul, la esposa de Yaquito, era una mujer alegre y jovial. Una de sus virtudes, y no la menos importante era su escasa disposición a enredarse en discusiones infructuosas. Pese a ser una persona sencilla, no podía reprimir su orgullo al percibir la deferencia con que el vecindario trataba a ella y a su marido, debido al éxito económico de este.

En este sentido había una excepción; enfrente de su casa, vivía una joven viuda, amiga de Yaquito desde su infancia, allá en Turquía. Esta era una mujer de buen porte, algo entrada en carnes, muy apetecible para el gusto de los *djidiós* (2).

Como si fuera a propósito, casi todos los días, estaba en la puerta de su casa cuando Yaquito regresaba de trabajar y aprovechaba para hacerle unas *shacás* (3) que a éste hacían mucha gracia. Para colmo, cada dos por tres, las amigas de Simbul, comentaban los estragos que causaba el meneo (4) de las poderosas caderas de la viudita en las *nochadas* del Café Izmir.

Una noche, después de cenar y mientras tomaban un café, Yaquito, con total inocencia, contó que esta mujer tenía una prima llamada Reina a quien él también conocía de su *chiquez* (5). Esta Reina, vivía ahora en Montevideo donde se había casado con un “*papú de parás*” (6).

La viuda le había dicho a Yaquito que la prima estaba por venir a visitarla y que ella quería llevarla una noche a “El Tronio”. Para que no fueran solas, le pidió si podría él acompañarlas, y a él se le ocurrió que le podía decir a su cuñado lusef que también fuera, así eran dos mujeres y dos hombres. Simbul asimiló como pudo la puñalada verbal y con gran dominio de sí, se levantó de la mesa y dijo:

- bueno, ya es hora de *desbrazar* (7) la cocina.
Y no hizo más comentario.

Al otro día, ni bien Yaquito se fue a trabajar, salió corre que corre a la casa de su cuñada Bula, la esposa de lusef.

Cuando esa noche Yaquito regresó del negocio, ni bien entró a su casa “*se topó de mus-hos*” (8) con su hermana.

La dulce y discreta Bula tomó a Yaquito de las solapas de su traje de casimir inglés, insultando como un camionero:

- *Así que querés iear a mi marido con esas dos meneadas* (9) *a darse la gran vida y aquí las dos gameas lavandovós los chamashires*” (10).

Yaquito atinó a mirar a Simbul, en cuyo rostro impasible creyó ver el nacimiento de una leve sonrisa.

El sábado siguiente a la noche en “El Tronio”, en una mesa preferencial muy bien servida, dos parejas burguesas muy elegantes admiraban el arte de Miguel de Molina: Simbul, Yaquito, Bula y lusef.

(1) entrar en problemas, meterse en líos / (2) judíos sefaradíes / (3) bromas / (4) movimiento / (5) niñez / (6) un viejo de plata / (7) despejar / (8) se encontró frente a frente / (9) lit. movidas, “reventadas” / (10) las dos burras lavándose los calzoncillos.

EXPOSICION MAIMONIDES/ 800

MUSEO LARRETA – Av. Juramento 2291, Ciudad de Buenos Aires
 abierta durante todo el mes de mayo (martes cerrado / viernes al atardecer y sábados sin guías)
 REALIZADA POR **CIDICSEF** (Centro de Investigación y Difusión de la Cultura Sefaradí)